



Son el 1-2 perfecto de la Revolución Cubana, complementado con una lealtad sin límites al pueblo.

Más allá de lazos sanguíneos

La relación entre Fidel y Raúl devino unidad indispensable en el éxito de nuestra Revolución

Por DAILY SÁNCHEZ LEMUS* / Fotos: Archivo de BOHEMIA

EN la historia de Cuba, en sus luchas por la independencia, han sido muchos los que han combatido junto a familiares cercanos. Fidel y Raúl son parte especial de esa estela que hermana hombres más allá de lazos sanguíneos y los mantiene para siempre en el mismo camino. Para nuestro país, son el 1-2 perfecto de la Revolución Cubana.

Del entorno familiar, forjado por Ángel Castro y Lina Ruz, ambos aprendieron lo esencial en la vida de las personas, las relaciones humanas, la sencillez de la vida en el campo y también las desigualdades sociales de aquella república neocolonial.

Fidel, de inteligencia notable desde pequeño, capaz y dedicado a los estudios; Raúl, por su parte, hacía más resistencia a la disciplina de los colegios, pero poseía también una inteligencia viva y una agilidad natural para tomar decisiones en situaciones complejas. Fidel, ya graduado en la Universidad de La Habana, convenció a su hermano y a sus padres de llevarlo a estudiar a La Habana. Y allí, como mismo lo hizo su hermano, Raúl se convirtió en un rebelde con causa.

Para Raúl, desde pequeño, Fidel era su ejemplo, siempre le gustaba estar tras el hermano sobresaliente, estudioso e inteligente. Por esa razón, aceptó ingresar a

la Universidad y fue en la capital cubana donde se acercó a las luchas estudiantiles y sin pensarlo se sumó a ellas para combatir la corrupción o el entreguismo del gobierno de Carlos Prío Socarrás, o de la dictadura que Fulgencio Batista instauró tras su golpe de Estado del 10 de marzo de 1952.



Compartir riesgos

En La Habana, Fidel militaba en la ortodoxia y desarrollaba una lucha desde aquel Partido encaminada a combatir la corrupción y hacer una vida digna al pueblo de Cuba. Tras el golpe de Estado batistiano, cuando todos los caminos políticos se cerraron, comenzó a preparar un grupo de jóvenes para llevar a cabo una acción armada. Raúl, en tanto, leía los libros de marxismo que su hermano le daba, publicaba artículos criticando el envío de cubanos a la guerra de Corea, o participaba en el conocido “entierro de la Constitución de 1940” luego del 10 de marzo, viajaba a una conferencia internacional de juventudes; e ingresaba a la Juventud Socialista; luego se sumaría al grupo que su hermano Fidel preparaba en secreto para iniciar la lucha contra la tiranía.

Fue así que la lucha por la patria ligó los caminos para siempre de dos hermanos de sangre que se convirtieron en compañeros de armas, hermanos de sueños y de riesgos. En las acciones del 26 de julio de 1953, Fidel se puso al frente del ataque al cuartel Moncada; Raúl integró el grupo que tomó el Palacio de Justicia para apoyar la acción. Ambos sobrevivieron a la represión. Apresados días después, fueron juzgados en la Causa 37 de 1953.

Fidel, con su histórico alegato conocido como *La Historia me Absolverá*, planteó entonces el programa de lucha de aquel grupo de revolucionarios. Raúl, por su parte, con intervenciones enérgicas en aquel juicio, también denunció lo acontecido en aquellas jornadas en Santiago de

Cuba, devenidas sangrientas por los esbirros del Moncada.

Luego, compartieron rejas en el presidio en Isla de Pinos, el entonces Reclusorio Nacional para Hombres. Y allí, además, comenzaron a prepararse en su prisión fecunda con las clases de la Academia Ideológica Abel Santamaría y la biblioteca Raúl Gómez García, creadas para continuar la lucha en cuanto salieran de la cárcel. Amnistiados el 15 de mayo de 1955, prosiguieron juntos la lucha.

Una de las muestras más hermosas de la relación entre ambos es cuando Fidel, en su artículo *Aquí ya no se puede vivir* (junio de 1955), el cual debía salir en el periódico **La Calle**, denunció la falsa acusación a Raúl de haber puesto una bomba en el cine Tosca, cuando en realidad él se hallaba en Birán visitando a su padre quien se encontraba delicado de salud.

Todo formaba parte de un complot para involucrar a los moncadistas en acciones terroristas y tener así un pretexto para eliminarlos o volverlos a encarcelar. Y Fidel alzó su voz: “No se ha incluido mi nombre en la terrible lista de terroristas, y si eso es una deferencia, una cortesía del señor Carratalá, se lo agradezco. ¡Muchas gracias! Pero se ha incluido el nombre de mi hermano, que participa de mis ideas con toda lealtad sin salirse de la línea trazada; acusarlo, es acusarme a mí, y eso sí que no se lo agradezco, señor Carratalá”.

Aquellos hechos marcarían la salida de Raúl y de muchos moncadistas al exilio en México para organizar la lucha definitiva.

El primer escolta

En México, Raúl se esmeró en su preparación militar. Tras el desembarco del *Granma* el 2 de diciembre de 1956 –venía como capitán jefe del pelotón de retaguardia– y luego de la dispersión tras el combate en Alegría de Pío, los dos

hermanos lograron reencontrarse 16 días después en la finca del campesino Mongo Pérez.

Las armas conservadas por el grupo de Raúl renovaron el optimismo de Fidel. Pero, ¿sería solamente el encuentro con su hermano la causa de aquellos ánimos? Para ese entonces, ya él veía en Raúl a un combatiente capaz, con preparación y con arrojo suficiente para cumplir misiones. Ya lo advertía como el jefe militar en desarrollo, lo cual luego en el Segundo Frente se demostró con creces.

Una anécdota de la Sierra Maestra refleja cómo Raúl estaba dispuesto a enfrentar cualquier riesgo por defender al líder de la Revolución. Tras el combate de La Plata, un combatiente no quiso entregar su arma para cumplir con una indicación de la jefatura; molesto, rastrilló el fusil, a lo cual Raúl reaccionó de inmediato y se puso delante de Fidel, dispuesto a detener con su cuerpo cualquier disparo.

Desde entonces, cuentan los veteranos de la lucha guerrillera, Raúl devino primer y principal escolta de Fidel y se encargaba de cuidar su vida. Era, a decir de Celia Sánchez, quien se le plantaba a Fidel en los combates para obligarlo a cuidarse, pues exponía demasiado su vida. Así fue, también, después del triunfo.

El segundo jefe de la Revolución

Luego del 1º de enero de 1959, 20 días después, Fidel propuso al pueblo en una concentración popular a Raúl como segundo jefe del Movimiento 26 de Julio, en caso de sucederle a él algo en el contexto hostil generado por las medidas revolucionarias: "Y para tomar las medidas de precaución, porque aquí hay que estar prevenidos contra todo, le voy a proponer a la dirección del Movimiento 26 de Julio que designe al compañero Raúl Castro Segundo Jefe del Movimiento 26 de Julio.



Fidel, de inteligencia notable desde pequeño, capaz y dedicado a los estudios; Raúl, con una inteligencia viva y una agilidad natural para tomar decisiones en situaciones complejas.



Fidel advirtió en Raúl al jefe militar en desarrollo, lo cual luego en el Segundo Frente se demostró con creces.

“Lo hago, no porque sea mi hermano –que todo el mundo sabe cuánto odiamos el nepotismo– sino porque, honradamente, lo considero con cualidades suficientes para sustituirme en el caso de que yo tenga que morir en esta lucha; porque, además, es un compañero de muy firmes convicciones revolucionarias, que ha demostrado su capacidad en esta lucha, que fue de los que dirigió el ataque al Moncada, de los que estuvo dos años en la cárcel, de los que organizó el Segundo Frente Frank País, y de los que ha dado relevantes pruebas de capacidad como organizador y como líder”. El pueblo aprobó la propuesta con una ovación.

Ya desde 1957, el propio Frank País había reconocido las cualidades de Raúl como jefe revolucionario y, cuando estaba en los preparativos para abrir el Segundo Frente, le comentó a Celia que la persona indicada para encabezar ese frente sería Raúl. Aquel intento fracasó y cuando en 1958 Fidel retomó la idea, sin saber lo planteado por Frank, lo nombró

para hacer realidad el sueño del revolucionario santiaguero.

Raúl no obtuvo nada en la lucha que no se hubiera ganado. Así fue desde el Moncada, en la Sierra, en las Fuerzas Armadas Revolucionarias, en el trabajo del Partido, o al frente del país cuando la salud del Comandante en Jefe se quebrantó. Ser el hermano del jefe revolucionario ha sido, en todo caso, un compromiso mayor.

Para Fidel, según sus propias palabras, era un orgullo que un cuadro como Raúl fuera su hermano; y para Raúl, Fidel siempre será insustituible, de ahí que deberá ser el Partido Comunista de Cuba quien dé continuidad a la obra revolucionaria de la generación histórica. Fidel y Raúl son dos cubanos enamorados de su patria, valientes, capaces, sensibles y leales, que juntos han dedicado su vida a la causa de la Revolución, del socialismo, de la paz y el futuro.

***Doctora en Ciencias Históricas. Vicedirectora de la Oficina de Asuntos Históricos de la Presidencia.**